

# DE QUIEN ES LA CRISIS

**E** STAMOS metidos en una crisis profunda con tantos índices, tantos rasgos, tantas características, que se termina pensando que no es solamente una crisis —es decir, un determinado momento—, sino una mala época. Es un conjunto, un complejo. Siempre ha sido difícil deslindar lo material de lo espiritual: la división es un amañó, un arreglo de la falsa filosofía traspasada a lo político y procedente de otro amañó o facilidad simplificadora como la división entre el alma y el cuerpo. En esta crisis las separaciones son más difíciles todavía; no acuden a facilitar el análisis. Es una crisis de economía y una crisis social, pero es una crisis de relaciones humanas, de ideologías. Abarca desde el trabajo y la producción —la productividad, como dicen los empresarios—, y la misma dirección de las empresas hasta las artes y las letras. O al deporte. Es una crisis de protagonistas, pero también de espectadores.

**L** OS cronistas de la época la señalan incansablemente. Cuando son políticos, tratan de utilizarla para su propia vía. Nicolás Sartorius tiene razón cuando escribe ("Informaciones", 20 de julio) que la crisis no es tanto de la izquierda —tomando como índice la serie de retrocesos electorales recientes en todo el mundo—, sino del capitalismo, y aparece "con mayor nitidez" la "incapacidad de ese sistema para afrontar los problemas de la crisis"; "crisis, pues, de una determinada izquierda: crisis, sin embargo, cada vez más irreversible de un sistema, de una civilización". Pero los países que eligieron otro sistema, otra civilización, pasan por otros modelos de crisis: la URSS, China, las democracias populares; dentro de cada nación, en las relaciones entre ellas. No niega que el fenómeno nuevo, el "eurocomunismo", no ha sacado todavía todas las consecuencias de un análisis de las características de esta crisis. Probablemente no llega a aceptar que el "eurocomunismo" es algo que pertenece precisamente a esta civilización y a este sistema. Todo hace pensar que lo que llamamos eurocomunismo —que es un fenómeno de adecuación lenta a este sistema; no nacido de una decisión o de una idea emitida, sino de la acumulación de datos sobre lo posible, sino de una época, no muy lejana, en el que parecía que un cierto bienestar y una cierta estabilidad de las sociedades capitalistas estaban asegurados—, el eurocomunismo se separó del comunismo tradicional como imposible —en las regiones en que fue adoptado— para trabajar dentro del capitalismo como posible: lo agarró en lo alto de un ciclo y no sabe cómo desprenderse de él cuando el ciclo de la contradicción y de la crisis llega a su parte más baja.

**F** RAGA, otro político, aprovechó el sábado pasado un huequillo que le permitieron en la comisión que trataba del Estatuto vasco para hacer su inventario de la crisis: confusión, miedo al futuro e incluso al pasado, desasosiego, incertidumbre moral, falta de modelo y propósitos... El disparo de precios y tarifas, derrumbe de la inversión y la construcción, crece el paro y disminuye la población activa; "no hay voluntad de trabajo ni de sacrificios; no hay productividad, ni sentido del ahorro, ni espíritu de solidaridad, sino una actitud generalizada de reivindicación y de salvarse solo", "crisis del orden y la ley"... Se le ve el camino: es la versión derechista o parcial del pequeño caos. "Y todo ello, sin que el Gobierno aporte planes ni soluciones". Es un eco de la denuncia de la derecha: crisis de la democracia, crisis por la democracia. La realidad es distinta. La realidad está parcialmente descrita, pero no totalmente. Y es que la democracia no puede dar su rendimiento, porque está dentro de esa crisis como antes decíamos del eurocomunismo; pertenece a esta civilización, a este sistema. Como el Gobierno. No parece muy claro que el Gobierno sea el autor, el responsable de esa crisis, sino una consecuencia. Tenemos el Gobierno que sale de una sociedad exangüe, cansada, sin proyectos y sin motivos. Los hombres que forman ese Gobierno brotan de una capa social y política desmayada, con un ciclo histórico terminado. Pero de tal forma viscoso, contaminador, que no permite siquiera que broten otros proyectos. Ha conseguido envolver a las direcciones de los partidos políticos en ese mismo magma. En viejos y nuevos miedos.

**L** A sensación inevitable de que estamos contribuyendo al fortalecimiento de aquello que queríamos cambiar ha alimentado las actitudes escépticas o abandonistas", escribe Juan Luis Cebrían en el artículo de conmemoración del número 1.000 de su periódico, "El País". "Quizá resulte imposible buscar una respuesta intelectual y moral a un mundo preestablecido de antemano y en el que hasta los conceptos de soberanía, independencia o libertad se hallan limitados por la propia convicción de las gentes que los pronuncian". La descripción inicial es desoladora: "He aquí el país que tenemos: una nación dividida en pesares, aquejada de agobios, en la que apenas es perceptible un rayo que ilumine sus proyectos de convivencia. Este pueblo, al que se le prometían modelos alternativos de sociedad, se ve inmerso en la rutina y la inercia del pasado".

**P** ERO ¿de quién es la crisis? Se puede gritar que es la herencia de Franco, y se habrá acertado en mucho, pero también se puede gritar que Franco no surgió por generación espontánea y que, si por un lado, salió de una crisis histórica y de una actitud histórica fuerte contraria a los sistemas de renovación —la República intentó ser un sistema de renovación y de reforma—, por otro, salió de un costado generoso de los fascismos de Europa y de un costado hipócrita de las democracias conservadoras anticomunistas. El franquismo es anterior a Franco, que no vaciló en recoger todos sus símbolos, emblemas, consignas y morales de su pasado, pero también es posterior a Franco, y el mismo esquema que sirvió para el asalto a la Repú-



Sartorius, al que aquí vemos con el vicepresidente de la CROE, José María Cuevas, tiene razón cuando escribe que la crisis no es tanto de la izquierda cuando del capitalismo.

blica se emplea ahora para el asalto a la democracia. Pero sería una parcialidad. Esa actitud del franquismo sin Franco no medraría si hubiera unos datos de bienestar que fueran suficientes. Tampoco va a medrar ahora porque está en la misma crisis: le queda el carácter emblemático de la violencia y la retórica, pero está privada del trasfondo de los otros tiempos. El franquismo se produjo como una vitalidad —que iba a engendrar muerte—, pero la izquierda en España tenía otra vitalidad. La decadencia es mutua.

**L** A realidad es que el problema no es meramente español, como no fue meramente español —sino una forma española de responder a él— el 18 de julio de 1936. "Estamos en una crisis de confianza. Estamos en una crisis que hiere el mismo corazón,





Manuel Fraga: la versión derechista y parcial del pequeño caos.

en el alma y el espíritu de nuestra vida nacional. Se puede ver esta crisis en la duda creciente acerca de la significación de nuestra vida y en la pérdida de una unidad de objetivo para nuestro país. La erosión de nuestra confianza en el porvenir amenaza con destruir nuestro tejido social y político...". "Nuestro pueblo está perdiendo la confianza y la fe. No solamente en el Gobierno mismo, sino en nuestra aptitud en tanto que ciudadanos para ser los dueños y los moldeadores de nuestra voluntad democrática". "Los dos tercios de nuestro pueblo ni siquiera votan, la producción de los trabajadores decrece...". "Buscando una salida a esta crisis, nuestro pueblo se ha vuelto hacia el Gobierno y le ha encontrado aislado de la gran corriente de la vida de nuestra nación... El foso entre nuestros ciudadanos y nuestro Gobierno no ha sido nunca tan amplio...". Estas frases no son de un político español, de un comentarista político español: son del Presidente Carter. Cuando esto pasa en la cabeza de una civilización —la cabeza económica, militar, intelectual, científica, técnica—, ¿qué no ha de pasar en las comunidades que están inscritas en los últimos puestos de esa civilización? Y sin el recurso de renunciar a ella. ¿Y si nos volvemos a otras civilizaciones? Veremos también que, sin la confesión, las circunstancias son, por lo menos, tan delicadas, tan problemáticas. La crisis de credibilidad y de confianza de China o la de la Unión Soviética les han hecho perder la condición que un día tuvieron de faro, de esperanza, de solución. Es inútil decir que esas esperanzas estaban ya equivocadas desde el principio; también lo estaban, vistas las consecuencias, las esperanzas en el modo de vida capitalista.

**A** nuestro lado, otros países sufren la misma crisis. Los que tienen mayor fondo de reserva real, estabilidad más antigua, modelos de convivencia más contrastados, educación más profunda, resisten mejor: Francia, Gran Bretaña, las democracias del Norte. Los que tienen menos se hundien: Portugal, Grecia, Turquía. Las revoluciones se agotan en sí mismas: tienen los límites encima, o tienen ideologías tan lejanas que son irrealizables.

**E**STO no quiere decir que la respuesta a la crisis, dentro de lo posible, no tenga que buscarse, para los españoles, en España. En sus peculiaridades. El "basta ya de divisiones" de Fraga, y su petición de un proyecto nacional de "unidad y solidaridad" es un estímulo que se puede recoger. Como la esperanza de "un proceso regenerativo y creador de la sociedad española", como apunta Cebrían: no hay que "arrojar la toalla". Pero no va a ser tan fácil.

## EL COMPLEJO DE URCUYO

**E**S de esperar que cuando los periódicos elijan, en diciembre, el hombre del año, no se olviden del fugaz Presidente Urcuyo; debe hacerle una gran concurrencia al Papa Wojtyla. Urcuyo representa una clase enormemente extendida en el mundo: la clase de los imbéciles. Este ciudadano al que se confió durante un rato el poder en Managua para que, huido Somoza, se lo entregara a los nuevos gobernantes, sintió la inspiración de la grandeza apenas se colgó la banda presidencial de su cuello; flanqueado por el general Fulgencio Larga Espada —encargado del tráfico: los de verdad habían huido—, intimó heroicamente a que los vencedores se rindiesen a su voz. Tan estúpida fue su acción que todo el mundo creyó que era una maniobra de los Estados Unidos.

Urcuyo el Breve es un admirable personaje para los libros de psicología. Representa la fascinación del poder y la facilidad del ser humano para creer que todo poder viene de Dios, y reside en unos atributos presidenciales o reales: una banda, un trono, un cetro. O una ventanilla de funcionario, o un uniforme de guarda. El problema de la autoridad consiste, en gran parte, en créerselo uno mismo. Una parte, sin duda menor, está en que se lo crean los demás. A veces, ha dado resultado. A Tomas Beckett le puso el Rey, su compañero de juergas y de cinismo, un traje de cardenal, para que compartiera su poder arbitrario; apenas revestido, el juerguista se creyó verdaderamente cardenal y defendió su misión y su puesto de trabajo, hasta el punto de ser asesinado como mártir —"asesinado en la catedral"—: hoy es un santo de la Iglesia. El hábito hace al monje. A condición de que se lo crea.

El "complejo de Urcuyo" está enormemente extendido. Un vistazo a nuestros contemporáneos, y si podemos a nosotros mismos —uno mismo es lo más difícil de ver— nos lo puede demostrar. Los urcuycos aparecen y desaparecen a cada instante. Un urcuycos es todo aquel que, de verdad, se cree que es él mismo, y no un fruto de circunstancias, un cruce de intereses, un ser para guardar la silla de otros. O el heredero de un poder. Urcuyo creyó que Somoza había encarnado en su figura, como algunas personas creen todavía que Franco ha encarnado en las suyas.

Pero Urcuyo hubiera podido tener un poco de suerte. Una debilidad de Carter, una resurrección de la moral perdida en la Guardia Nacional, una ayuda masiva de los países centroamericanos, y Urcuyo hubiera pasado a la Historia como el gran talento que supo ver claro en el último momento. Siempre se ha dicho que de lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso. Los urcuycos son los que dan ese paso.

POZUELO